



CULPA COLECTIVA Y JUSTICIA INFINITA

HÉCTOR FAÚNDEZ LEDESMA

*¿Qué siempre se ha de decir lo que se dice?
¿qué nunca se ha de decir lo que se siente?*

FRANCISCO DE QUEVEDO



Observé las imágenes de la tragedia del 11 de septiembre pasado con la misma consternación que el resto del mundo. Sentí la misma indignación e impotencia que angustiaba a millones de seres humanos. Me siento solidario del dolor y sufrimiento de todos aquellos que, como resultado de estos actos terroristas, han perdido a un ser querido, y me parece esencial que se sancione a los autores intelectuales y a los colaboradores de este crimen horrendo. Sin embargo, no puedo compartir el maniqueísmo con el que el Presidente de Estados Unidos pretende dividir al mundo entre “quienes están con ellos y quienes están con los terroristas”. Ese simplismo, además de absurdo, es ofensivo e hipócrita.

Un acto terrorista es un delito muy grave, que siempre tiene como blanco a víctimas inocentes; pero, a menos que haya sido ejecutado por un Estado extranjero, sigue siendo un delito, que debe ser tratado como tal, y no como un acto de guerra. De lo contrario, la respuesta

no será proporcionada, costará la vida de nuevas víctimas inocentes, y colocará el autor de esa respuesta en el mismo plano que los terroristas. Por eso, el respeto a los derechos humanos es ese mínimo ético que caracteriza a una sociedad civilizada y que nos separa de la barbarie. Estados Unidos, que a lo largo de su historia ha contribuido notablemente al desarrollo de las libertades públicas, no puede ignorarlo, renunciando a nuestro sistema de libertades y permitiendo que proliferen nuevamente el terrorismo de Estado. Eso sí es estar con los terroristas.

En cualquier Estado organizado, la responsabilidad penal es personal; no es colectiva. Incluso en caso de guerra están prohibidas las represalias que puedan afectar a la población civil, y esa regla se aplicó rigurosamente durante los juicios de Nuremberg. Renunciar a nuestros principios y reaccionar con medidas desproporcionadas, atacando a un país desolado por el hambre y la miseria, sería una victoria para los autores de este crimen. Eso sí sería estar con los terroristas.

La sociedad internacional ha querido asumir con

seriedad el compromiso de combatir el delito y castigarlo con penas severas, proporcionadas a la magnitud del daño causado. Sin embargo, Estados Unidos se ha negado a ratificar el convenio de Roma, que crea la Corte Penal Internacional, y que de haber estado en vigor, hubiera sido de inmensa utilidad, no sólo en este caso sino en el de todos los terroristas que circulan libremente por el mundo. Un tribunal de esa naturaleza permitiría actuar con firmeza contra el terrorismo, venga de donde venga. Pero da la impresión que, en vez de una justicia independiente e imparcial, que se aplique a todos por igual, Estados Unidos prefiere colocarse al margen de la legalidad internacional y asumir el papel de policía del mundo; y también el de juez y verdugo. Esa arrogancia que le proporciona el poder de las armas, y que le permite decidir cuáles son los terroristas malos, no tiene cabida en una sociedad organizada sobre la base del respeto al Derecho.

Liberar a la CIA de restricciones legales para utilizar los servicios de individuos siniestros y recurrir a la guerra sucia, como han surgido George Bus padre y el vicepresidente Cheney, aunque no es nuevo, es igualmente preocupante. El juicio de Teodoro Roosevelt sobre el dictador Somoza (“He is an s.o.b, but he is our s.o.b”) ya es suficientemente conocido. El mismo Bin Laden,

mientras combatió a la antigua Unión Soviética, fue apoyado y utilizado por Estados Unidos, al igual que, en su oportunidad, lo fueron Pol Pot, para hacer frente a los vietnamitas, Saddam Hussein, para combatir a los ayatolas, o Noriega y Montesinos. ¡Combatir el terrorismo al margen de la ley es estar con los terroristas! Ni la ley y el orden pueden dejarse en manos de una persona sin escrúpulos, ni toda respuesta es legítima.

Nada justifica este crimen atroz, y sus responsables deben ser castigados. Pero, para que esta tragedia no se repita, también hay que atacar las raíces profundas de esa ira y de ese odio. Sin embargo, pareciera que el Gobierno de Estados Unidos no se ha preguntado sobre las causas de tanto resentimiento, que hacen que un grupo de individuos estén dispuestos a sacrificar sus vidas y deshogar su frustración en un atentado terrorista de esa magnitud. Nadie puede avalar esa forma de manifestar un agravio; pero no por eso podemos ignorarlo.

No se equivoque señor Bush; no cualquier respuesta es apropiada y legítima. Lo que el mundo reclama es justicia y no victoria. Para ello es indispensable sentar las bases de un mundo más libre y más seguro, en el que prevalezca el diálogo, y en el que distintas culturas puedan convivir en paz 

